

LA “AMENAZA” DE CHINA

Fernando Villena Sánchez

Licenciado en Derecho.

En el informe *Mapping the Global Future* realizado por el *National Intelligence Council* en diciembre de 2004, se afirma que el creciente posicionamiento de China e India como potencias de primer rango en el escenario internacional (igual que lo hicieron en su día Alemania en el siglo XIX o Estados Unidos en el siglo XX) transformará radicalmente el marco geopolítico contemporáneo. Si el siglo XX fue americano, son pocos los que ponen en duda que el s. XXI será asiático.

El informe sustenta esta afirmación señalando que, en las siguientes décadas, prácticamente todo el crecimiento poblacional y económico tendrá lugar en Asia. El cambio de estos dos factores redefinirá las estructuras internacionales, marcando un definitivo punto de ruptura con las prácticas e instituciones nacidas de la Segunda Guerra Mundial que aún hoy continúan estando vigentes.

Una especial atención presta el informe de la *National Intelligence Council* a China y a India, afirmando que su influencia económica y política crecerá ininterrumpidamente en la región. Se señala que el crecimiento que seguirán experimentando, especialmente China, unido a la falta de unos recursos energéticos propios que están muy por debajo de sus necesidades obligará a una mayor participación de estas potencias emergentes en el mundo, en territorios tan dispares como Sudán, Venezuela, Irán o Rusia.

China no oculta su deseo de situarse como “gran potencia” en el escenario internacional y lo hace aumentando, significativamente, su influencia en la región asiática. Por un lado desde el punto de vista económico, con lo que los países del entorno ya han comenzado a adaptarse a la nueva situación a través de un incremento de los lazos económicos con el gigante, por otro desde el punto de vista militar. A este último respecto, se advierte en el informe que en las próximas dos décadas China se habrá convertido en el segundo país que más gasto dedica a defensa por detrás de Estados Unidos y que especialmente significativo será su incremento en potencia naval atendiendo a su nuevo papel regional y mundial a jugar.

Este incremento del poder chino creará nuevos lazos con los países de la región pero también creará nuevas suspicacias y tensiones entre sus vecinos. Esto llevará a Japón y a otros países del sudeste asiático (Malasia, Singapur, Tailandia) a aliarse o a buscar con más intensidad a Estados Unidos para poder contrarrestar el poderío chino. Un poder creciente, en todos los ámbitos de las relaciones internacionales que solo podría verse interrumpido por las propias tensiones endógenas, sociales y políticas, que su espectacular crecimiento está empezando a crear. Tensiones de las que el Partido Comunista Chino (PCC) es muy consciente tal y como ha quedado de manifiesto durante el último XVI Congreso del Partido, en el que se ha subrayado la necesidad de una “armonización” entre el desarrollo y las necesidades sociales, especialmente las del campo.

Además, el informe al que estamos haciendo referencia afirma que en el futuro cercano la creciente desconfianza hacia la política de Estados Unidos, que han desviado su atención estratégica hacia lo que ellos han denominado como el *Greater Middle East*, podría llevar a gobiernos de la zona a poner en práctica políticas de resistencia contra los intereses estadounidenses en un intento de obligar a la superpotencia a jugar según las nuevas reglas que hoy se están reformulando en la zona. “Estados Unidos necesitan aliados”.

Según el señor Fukuyama (en el artículo “Re-Envisioning Asia” aparecido en *Foreign Affairs* enero/febrero del 2005) el marco geopolítico regional heredado de la guerra fría, se está erosionando rápidamente y señala también algunos de los factores sobre los que descansaba la estructura de seguridad regional contemporánea y que ahora han de contemplarse desde una óptica diferente. Tres de ellos merecen especial atención:

- El pilar Estados Unidos-Corea del Sur ya no representa un valor fiable puesto que las nuevas generaciones de surcoreanos ya no están dispuestas a secundar una política de presión hacia su vecino del Norte, entienden que son necesarios nuevos puentes de diálogo y negociación, por lo que la tradicional alianza ciega con el protector americano deja de tener su sentido original. Su objetivo a largo plazo es la reunificación o en su defecto la ausencia de conflicto.
- Japón parece cada vez más dispuesto a revisar el artículo 9º de su Constitución (el que garantiza su desmilitarización). La creciente amenaza a su seguridad por parte de Corea del Norte (materializada en el ensayo del misil *Taepo-Dong* 1998 y en su programa nuclear) y la incertidumbre que para su seguridad representa el crecimiento chino (con quien mantiene una seria tensión en el mar Amarillo) llevan a Japón a la

búsqueda de una política de seguridad regional propia desvinculándose progresivamente del limitado “paraguas” norteamericano, cuyas capacidades se encuentran hipotecadas en su lucha mundial contra el terrorismo.

- El tradicional aislamiento chino ya ha tocado a su fin como se ha visto recientemente en su activa política económica exterior (Asean+1, Asean+3, acuerdos bilaterales de libre comercio, etc.). China será el referente regional obligatorio, por lo que cualquier política orientada a aislar al gigante asiático está condenada al fracaso, tal y como se está viendo en la crisis nuclear norcoreana. Además su creciente presencia en Ibero América, en Sudán o Nigeria representan muestras evidentes de lo que no es sino el comienzo de una nueva política exterior china.

El problema se plantea a la hora de interpretar esta nueva dimensión exterior del “gigante”.

Las dos visiones sobre la política exterior China en la región

Peaceful Rising

En la revista *Prospect*, en su número de marzo, Joshua Kurlantzick (editor de la publicación norteamericana *New Republic*) llama la atención sobre la creciente influencia china en Asia a través del Soft Power, un hecho que, afirma el autor, pone en cuestión el futuro de la expansión de la democracia en los países en desarrollo, en tanto que ejemplo de autoritarismo exitoso en niveles de desarrollo y riqueza.

Según el artículo al que hacemos referencia, la combinación de crecimiento económico, un ferviente nacionalismo y una cada vez mayor aceptación de la China actual por parte de la comunidad internacional dan fundamento social y político a la nueva mentalidad de “gran potencia” (*daguo xintai*) por la que están trabajando incansablemente las autoridades chinas.

Conscientes de la necesidad de no disparar las alarmas de los vecinos regionales y de no enfrentarse a Estados Unidos, ese nuevo estatus de gran potencia habrá de conseguirse, tal y como proclamó Hu Jintao, a través de un *heping hueqi* (auge pacífico tesis formulada en el 2003 por Zheng Bijian) Según el señor Kurlantzick, Pekín centra hoy día todos sus esfuerzos en lo que las autoridades chinas han venido a llamar “poder nacional omnicompreensivo” que no es sino una combinación de prestigio internacional, diplomacia, poder económico, influencia cultural y, en menor medida, poder militar.

El despliegue de este soft power se detecta fundamentalmente en:

- Su creciente peso económico en la región: dicho poder se va cimentando en el creciente número de acuerdos de libre comercio (diez en total). Además, resulta significativo el impulso que está recibiendo el BFA (*Boao Forum for Asia*), una suerte de foro de Davos asiático creado por China y enfocado por y para la economía regional con exclusión de los no asiáticos, desde el que la autoridades chinas fomentan una especie de “Asia para los asiáticos”.
- Su creciente participación en ayuda directa para países de la región: no faltan los ejemplos a este respecto. A Tailandia, Laos y Camboya a finales de los años noventa con motivo de la crisis económica asiática, en el año 1997 la ayuda destinada a Birmania, además de a Samoa, Fiji e Indonesia. Todos estos países que han sentido en algún momento (especialmente en los últimos años) el abandono por parte de la comunidad internacional, especialmente de Estados Unidos, ven en China su aliado y su referencia necesaria para el futuro.
- Su creciente inversión privada en países estratégicos: no hay que olvidar que muchos de los directores de las más grandes empresas chinas son miembros de la dirección del partido comunista, lo que permite a Pekín dirigir las inversiones de estas no ya allí donde resulte económicamente provechoso, sino donde se pueda obtener rédito político.
- La mejora en sus relaciones diplomáticas y el ejercicio de la diplomacia pública: contando hoy día y tras una reforma continua de su servicio exterior que dura ya 20 años, con un equipo de diplomáticos reconocido hoy día como el más numeroso y mejor preparado de la región asiática.

Joshua Kurlantzick afirma que si el *soft power* de China sigue creciendo a costa del de Estados Unidos, cada vez más países elegirán el modelo autoritario chino para garantizar su desarrollo en un marco estable, además de asegurar el poder para las élites poco respetuosas con el respeto a los derechos humanos.

En esta misma dirección, el sinólogo Ross Terril apunta que a no ser que Estados Unidos “despierten pronto” serán muchos los países que tenderán más y más a incrementar sus buenas relaciones con China. Esta afirmación pone de relieve la creciente influencia de China en la región, pero no por vía de la coacción militar, sino a través de su creciente

soft power. Un ámbito donde el creciente protagonismo del gigante asiático implica, en palabras de Joshua Kurlantzick, un progresivo minado del dominio cultural, diplomático y económico estadounidense en la región.

Un ascenso ¿pacífico?

A pesar de las afirmaciones arriba presentadas, así como de la postura oficial voceada tanto por el profesor Lanxin Xiang, (catedrático en el Instituto de Estudios Internacionales de Ginebra y Asesor del Gobierno chino sobre las relaciones Unión Europea-China), como por Zheng Bijian, (director-general del Fórum para la Apertura y Reforma de China y presidente honorario de la Escuela Central del PCC), dos hechos significativos han servido para poner en tela de juicio las tesis del ascenso pacífico. Hechos en los que se ha querido adivinar una mayor agresividad acompañada con su desarrollo y su creciente poder. ¿Estaríamos, en palabras del profesor Xulio Ríos (director del Instituto Gallego de Análisis y Documentación Internacional (IGADI) y miembro del consejo asesor de Casa Asia) ante el “fin de la modestia”?

El primero de estos hechos es la aprobación de la Ley Anti-Secesión dirigida contra Taiwan. Siguiendo al profesor Ríos en su artículo “El fin de la modestia” (aparecido en *Política Exterior*, mayo del 2005), China afirma que se trata de una “garantía adicional para la paz”. Así pues, la amenaza continua sobre Taiwan la disuadiría de proclamar unilateralmente su independencia en la escena internacional que llevaría sin duda a un conflicto abierto. Esta política de disuasión, según el mismo Wen Jiabao llevaría a una estabilización de la situación en el estrecho, una suerte de mini-guerra fría, e incluso a contribuir a las relaciones bilaterales. En atención a la irreductibilidad del PCC en materia de integridad territorial, y según el profesor Ríos:

“tres situaciones conducirían al conflicto armado: la declaración formal de independencia, una sucesión de incidentes que impliquen la secesión, o el rechazo indefinido de negociaciones para la reunificación.”

Pero en el marco de la comunidad internacional, tan solo China, y Rusia, parecen querer entender esta iniciativa como un resorte de estabilidad en la región. Más bien al contrario. Se trataría, entonces, de un movimiento agresivo de parte del PCC que ha puesto en guardia a Estados Unidos, así como a Japón y a la Unión Europea, que podría terminar desembocando en una “retirada” de la confianza con la que cuenta ahora China en tanto

que potencia estabilizadora de la región, para convertirse a los ojos occidentales en una potencia generadora de conflictos.

No han faltado desde el primer momento análisis que, desde una visión tradicional de la política internacional como un juego de poder económico-militar, han venido a afirmar que China ha perdido la paciencia y que tan solo ve la reunificación como una tarea a ejecutar desde la confrontación abierta.

Esta afirmación, explicaría satisfactoriamente el ingente esfuerzo que China está llevando a cabo para modernizar y equipar a sus Fuerzas Armadas, para ponerlas a la altura de cualquier ejército moderno del mundo.

El segundo hecho al que hacíamos referencia y que está íntimamente ligado al primero, se refiere al creciente poderío militar chino. La inversión militar china aumenta de año en año y la mejora de sus capacidades parece centrarse en balística y proyección naval hacia el Pacífico. Esto hace nacer el temor de que su estrategia consista en crear un ejército lo suficientemente poderoso que (aún no pudiendo compararse con el de Estados Unidos, en el caso poco probable de conflicto en el estrecho), inhiba a la superpotencia en su deseo de defender a Taiwan considerando el enorme costo humano y en material que ello supondría.

El supuesto “rearme secreto chino” hace pensar a algunos (especialmente dentro del Pentágono) que la visión estratégica de China no se limitaría a Taiwan sino a todo el continente asiático (especialmente en Siberia, Centroasia y el Sudeste Asiático) en lo que sería una vuelta a una política preventiva-ofensiva y expansionista. La cual no carece de sentido si tenemos en cuenta las más que posibles tensiones que se producirán en un futuro próximo debido a los enormes requerimientos del “gigante”, en materia energética y de materias primas, para continuar su desarrollo.

El director adjunto de la Oficina de Asuntos de Taiwan, Wang Zaixi, ha llegado incluso con amenazar con el uso de las armas si en el 2008 (tal y como está previsto por el Gobierno taiwanés) se proclama una nueva Constitución para la isla. Tal y como afirma el profesor Ríos:

“el tono de la revisión y la adquisición de nuevo armamento pueden propiciar una escalada peligrosa y pondrán a prueba las relaciones entre China y Estados Unidos, y las ambigüedades calculadas de ambos Estados.”

La postura oficial

A pesar de lo visto hasta ahora, merece repasar por encima cual es la postura del PCC y que no es otra que la de apuntalar la visión del *peaceful rising* a las que hacíamos mención al principio de este trabajo.

En el último congreso nacional se afirmó que era necesario, para el conjunto del país, concentrar sus energías en la construcción y consagrarse en cuerpo y alma a la búsqueda del desarrollo. Se planteaba la nada despreciable cuestión de asegurar el derecho a la subsistencia y al desarrollo de una población de 1.300.000 millones de habitantes (que en 30 años será de 1.500.000) como una meta de vital importancia.

No es esta una afirmación cargada tan solo de buenas intenciones por parte de la clase política china, se trata de una propuesta que forma parte intrínseca de la política del PCC en los últimos años y que ya fue formulada por Deng Xiaoping:

“la clave para resolver todos los problemas de la China moderna depende de nuestro desarrollo”.

El PCC es muy consciente de sus carencias económico-sociales y del riesgo que ello supone para su propia estabilidad.

Esta “orientación” más hacia el interior que hacia el exterior de los esfuerzos del PCC supondrá, en palabras del profesor Zheng Bijian, que varias generaciones de chinos estarán:

“muy, muy ocupados, China no tiene tiempo ni energía, ni necesidad alguna de amenazar a sus vecinos.”

Por otro lado, China ha iniciado una integración sin precedentes en el seno de la comunidad internacional. Se trata de una maniobra necesaria si quiere, paradójicamente, mantener su independencia estratégica en materia de suministros y así, sus niveles de crecimiento. China ha de profundizar su integración en la globalización y por lo tanto su interdependencia y cooperación con el resto de los países del mundo. Si atendemos al tradicional espíritu de practicidad de la idiosincrasia china, difícilmente podemos visualizar a la China del futuro inmersa en aventuras de conquista continentales y poniendo, así, en jaque su capacidad de desarrollo cuando sus tasas de población más lo necesitan. Sería

una suerte de aventura irresponsable por parte del Gobierno que no haría sino acelerar su propia desaparición en medio del caos.

A estas razones de corte “oficialista” que señalan los motivos por los que el PCC no puede volcarse con agresividad al exterior, cabe añadir un par más:

El problema de la contaminación y destrucción del medio ambiente que en algunas zonas del país ha alcanzado dimensiones dramáticas y que dentro de varios años promete ser un problema de primera magnitud para la población y sus recursos. Afirman los mandatarios chinos que están tratando de hallar puntos de encuentro entre sus índices de crecimiento y el taoísmo y confucianismo que defienden el “orden natural” y la “armonía”. Se trata de una tarea titánica si consideramos que se busca un equilibrio que los países occidentales, con siglos de experiencia en la industrialización, no han podido resolver hasta el momento.

Otro punto a tener en cuenta es la gradual aparición y desarrollo de una creciente (y previsiblemente influyente) clase media. Un sector de la población que es necesario en todo proceso de desarrollo de una economía y que tarde o temprano termina por ejercer una fuerte presión sobre los regímenes totalitarios, ya sea por vía pacífica o menos pacífica.

Es aquí donde, a nuestro modo de ver se plantea el gran dilema del desarrollo en China. ¿Favorecer la aparición de una clase media que apunte el necesario desarrollo del país? una clase media que terminará por exigir su participación más amplia en el gobierno del país, o ¿renunciar a los niveles de desarrollo necesarios, minando así la posible aparición de dicha clase media, pero impidiendo a millones de chinos acceder a niveles de desarrollo sostenibles?

Cualquiera de las opciones pondrá al PCC en una situación de difícil solución. No es de extrañar que las prioridades de los gobernantes chinos sea concentrarse en el interior del país.

En todo caso, a corto plazo, no se prevén cambios de envergadura en la estructura política de China y los que esperaban que con la llegada de Hu Jintao al poder se iniciaría una evolución hacia modelos de transición liberal más participativa tendrán que esperar. Como botón de muestra valgan los aplastamientos de las revueltas populares que se están produciendo fundamentalmente en las zonas agrarias, las detenciones de disidentes políticos, el férreo control que se ejerce sobre los medios de comunicación

(incluido Internet), el arresto de editores y la desaparición en la maraña burocrática penitenciaria de un periodista del *New York Times*, entre otros incidentes, que muestran que hoy por hoy China tan solo resulta una amenaza para si misma e “indirectamente” para la estabilidad de toda la región.